Narrar la violencia: *La campaña del maestrazgo* de Benito Pérez Galdós

Lieve Behiels
LESSIUS HOGESCHOOL ANTWERPEN

LA CAMPAÑA DEL MAESTRAZGO, redactada en 1899, es la quinta novela de la tercera serie de los *Episodios Nacionales*. Seguimos al ejército carlista al mando de Ramón Cabrera a través de la mirada focalizadora del septuagenario don Beltrán de Urdaneta. El lector descubre con él un universo arbitrario de una violencia y crueldad insoportables. Nuestro propósito es mostrar por qué medios Galdós convierte este universo en ‹materia novelable› en uno de sus libros más pesimistas. Su impacto en el lector de hoy se explica porque éste no puede dejar de evocar al leerlo los conflictos étnicos y civiles del último decenio.[1] En un primer movimiento estableceremos las diferentes etapas en las que se estructura el proceso de conocimiento de la guerra por don Beltrán de Urdaneta, en un segundo movimiento analizaremos el papel crucial de Nelet Santapau.

La novela empieza un día de febrero en el parador de Fuentes de Ebro, situado en un cruce de caminos, lugar de reunión que, en la tradición cervantina, invita al intercambio de relatos personales. La primera manifestación de la guerra será, pues, a través de los relatos de los carlistas escarmentados que huyen de la guerra y de los militares cristinos que se dirigen al frente. Queriendo informarse sobre Juan Luco, un rico propietario del que espera socorro económico, don Beltrán interroga a Tanasio Joreas. Resulta que éste estuvo en el piquete de ejecución en el que se mató a Juan Luco. El carácter fratricida del conflicto se ilustra, según un procedimiento corriente en los *Episodios Nacionales*, a través de esta familia, en la que unos optaron por don Carlos y otros por Isabel, pero de los que no sobrevive casi nadie. Joreas está harto de la guerra, pero no aparenta sentimientos de culpabilidad ya que se presenta como un mero «destrumento» (779).[2]

---

[1] Rodolfo Cardona lee esta novela como una «advertencia premonitoria de lo que habría de ocurrir durante la Guerra Civil de los años 36 al 39, justamente cien años después de la primera Guerra Carlista, además de una advertencia sobre las guerras fratricidas de nuestro propio fin de siglo» (Rodolfo Cardona, «*La campaña del Maestrazgo*: palimpsesto romántico», *Galdós ante la literatura y la historia*, Las Palmas de Gran Canaria: Ediciones del Cabildo Insular de GC, 1998, pp. 129-140, p. 140).

[2] La mención de la página entre paréntesis se refiere a la siguiente edición: Benito Pérez Galdós, *La campaña del Maestrazgo*, *Obras completas*, ed. F.C. Sáinz de Robles, Madrid: Aguilar, 1951, pp. 773-871.

Actas XIV Congreso AIH (Vol. III). Lieve BEHIELS. Narrar la violencia: «La campaña del mae...
Centro Virtual Cervantes

La misma escena inicial contiene ya, en una especie de relato especular, los términos de la masacre. Comenta el alférez Baldomero Galán una riña a la que acaba de poner fin:

> Es la de todos los días - (...) la cuestión entre cabreristas y nogueristas. Unos dicen y sostienen que la madre de Cabrera estuvo bien fusilada, como castigo de ese tigre sanguinario, y otros que no, que el haberla matado sin culpa de ella ha traído esta situación tan fratricida (782).

Desde el inicio, también queda claro que don Beltrán no toma partido: «los derechos de reyes más o menos legítimos» (783) le traen sin cuidado y se subleva contra la barbarie de unos y otros. Después del enfrentamiento con la pérdida de la responsabilidad individual, don Beltrán observa la pérdida total de las facultades mentales debida a la guerra en la persona del anciano Muel, que no hace más que inventar crueles castigos para el cura Llorente, responsable de la muerte de sus tres hijos.

Don Beltrán se lanza ahora en búsqueda de Marcela Luco, monja que ha abandonado el convento para vivir como ermitaña ‹andariega›.[3] Con dos ancianos se dedica a enterrar los muertos de uno y otro bando. Estercuel, el oficial del ejército regular que lleva al señor de Urdaneta a la sierra donde se encuentra la joven, le cuenta su participación en la ejecución de la madre de Cabrera. El terror está presente, pues, en ambos campos.

En la etapa siguiente don Beltrán, representante de los valores universalistas de la Ilustración,[4] pasará de conocer la guerra de oídos a conocerla desde dentro, ya que es detenido por una banda de facciosos y llevado preso. El momento de la detención significa el paso de un umbral que lleva a otro mundo, que en este caso es caracterizado por sus características temporales: del siglo XIX volvemos a la Edad Media.[5] La crítica

---

[3] La relación intertextual con la Marcela de Cervantes ha sido advertida por todos los críticos que se han ocupado de esta novela. Como este aspecto es secundario en nuestro análisis, no nos detendremos en él.

[4] No estamos, pues, de acuerdo con Diane Urey que asocia a Beltrán con la figura del «anticuario» nietzscheano (Diane Urey, *The Novel Histories of Galdós*, Princeton: Princeton University Press, 1989, p. 38). Aunque la nostalgia de la pasada grandeza es un factor importante en la motivación de sus actos, representa valores más modernos que los de los carlistas, como se desprende, por ejemplo, de su discurso cuando le dicen que le van a ejecutar (848). Un auténtico ejemplo de historiador «anticuario» es Bonaventura Miedes, de la cuarta serie de los *Episodios*. Beltrán de Urdaneta sería más bien un representante de lo que Peter Gay denomina el carácter liberal («the liberal temper»): «El carácter liberal es la capacidad de tolerar los giros enloquecedores, las demoras, las incertidumbres y los desengaños relacionadas con la vida en una sociedad abierta, por no hablar de un sentido de las absurdidades de la existencia. (...) El carácter liberal nota y no lamenta los numerosos matices de gris que constituyen la experiencia humana» (Peter Gay, *The Cultivation of Hatred*, London: Fontana Press, 1995, p. 526, la traducción es nuestra). Otra cuestión es la de saber si don Beltrán consigue siempre vivir de acuerdo con los valores que defiende.

[5] Otra pista de análisis, que no podemos seguir en esta breve contribución, sería considerar la estancia de don Beltrán en el campo carlista como una especie de iniciación, a pesar de la edad respetable del personaje.

Actas XIV Congreso AIH (Vol. III). Lieve BEHIELS. Narrar la violencia: «La campaña del mae...
Centro Virtual Cervantes

se ha detenido sobre todo en analizar los aspectos culturales de esta transición[6] pero nos parece que habría que considerar también el aspecto político del asunto: la vuelta a la Edad Media es la supresión del estado moderno y de sus instituciones que detentan el monopolio de la violencia y protegen así al individuo de la violencia arbitraria. En su libro *The Warrior's Honor* («El honor de los guerreros»), Michael Ignatieff utiliza el concepto del narcisismo de la diferencia mínima, basándose en *Das Unbehagen in der Kultur* (1929) de Sigmund Freud, según el que una diferencia mínima a los ojos de un observador desapasionado se convierte en enorme, vista desde dentro.[7] El nivel de hostilidad y de intolerancia entre grupos no guarda proporción con la dimensión de sus diferencias culturales, históricas o físicas. En la guerra carlista, el papel propagandístico desempeñado en las sociedades actuales por los medios de comunicación corre a cuenta de los ‹directores de consciencia› de entonces, los curas que mandan a los jóvenes a la guerra para defender el altar y el trono de sus mayores.

En su calidad de prisionero, don Beltrán pasa de ser receptor de relatos de ejecuciones, a oír los tiros y a dar sepultura a las víctimas (807), amén de sufrir humillaciones varias. En la primera entrevista con Cabrera, éste señala al anciano su condición de rehén y le anuncia que será ejecutado si el ejército contrario fusila al hermano del conde de Catí. Las tropas de Cabrera celebran la victoria de Burjasot con una comida campestre que degenera en orgía de violencia cuando a pocos metros de distancia se comete una horrible matanza de prisioneros. La banalización del horror se ilustra mediante este sencillo diálogo:

> – ¿Pero usted, Santapau, no come? (...)
> – Ahora no puedo; tengo que fusilar (816).

El narrador destaca que el uso indiscriminado de la violencia es más que locura y obedece a una estrategia de Cabrera que «no veía más camino que la fascinación terrorífica para domar a los pueblos. Destruyendo media España aseguraba el imperio sobre la otra media» (817).

Los capítulos centrales de la novela (XIV, XV y XVI sobre un total de XXXI), lugar estratégico, comprenden, además de la matanza de Burjasot focalizada por don Beltrán, el planteamiento del conflicto personal de Nelet sobre el que volveremos más detenidamente a continuación. Nelet quiere a toda costa conseguir a Marcela y cuenta con la ciencia mundana de don Beltrán para conseguir su propósito. Éste coopera porque está convencido de que a Marcela le convendría más el matrimonio que la vida monjil

---

[6] La vuelta a la Edad Media se asocia tradicionalmente con el romanticismo, y varios críticos han rastreado los subtextos románticos de esta novela (véase Alfred Rodríguez, *An Introduction to the Episodios Nacionales of Galdós*. New York: Las Américas, 1967, p. 115). Cardona describe la obra como una parodia de los tópicos románticos (*op. cit.*: 135). Según Montesinos, Galdós presenta la guerra civil como precondición del romanticismo literario (José F Montesinos, *Galdós III*, Madrid: Castalia, 1980, p. 38).

[7] Michael Ignatieff, *The Warrior's Honor. Ethnic War and the Modern Conscience*, London: Chatto & Windus, 1998, pp. 50-51. Freud define el concepto en *Das Unbehagen in der Kultur*, Wien: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1931, p. 85.

Actas XIV Congreso AIH (Vol. III). Lieve BEHIELS. Narrar la violencia: «La campaña del mae...
Centro Virtual Cervantes

y porque espera la reparación de su pobreza si la reunión entre los jóvenes, ambos de familia adinerada, se realiza. La proyectada unión de una mujer profundamente religiosa, culta, espiritualmente superior e independiente con un hombre rudo y primitivo, pero no exento de recursos, aunque a primera vista abocada al fracaso, no nos sorprende en una obra de la fase postrealista de Galdós. En su teatro tenemos más de un ejemplo de uniones psicológicamente algo inverosímiles, pensadas para injertar una vitalidad y fecundidad renovadas en la sociedad española a través de una unión ‹alquímica› de los contrarios.[8] Recordemos, por ejemplo, a Victoria y Pepet de *La loca de la casa*. Pero Nelet Santapau es un ser con una vida emocional absolutamente fuera de control.

El conocimiento más íntimo de lo que es esta guerra y de quién es él mismo lo adquiere don Beltrán cuando le dicen que le van a fusilar ya. Hace una confesión pública en que se culpa sobre todo del excesivo interés que sintió por las mujeres y de la desmedida afición al dinero. Dirige su testamento político a los que han de ejecutarlo. Observa que están dejando el país exhausto de recursos materiales y morales y les recomienda que dejen su obra de destrucción y que busquen un modo de vivir independiente de las arcas del estado.[9] Con este discurso don Beltrán adquiere una dignidad trágica de la que tiene que apearse cuando la ejecución es pospuesta y es llevado en presencia de Cabrera que le perdona la vida.

Pero aún le espera la última prueba. Los trastornos mentales de Nelet no mejoran y encuentran un desahogo momentáneo en la matanza de un grupo de cristinos. Resulta que ha dado muerte al hermano de Marcela. Aún así, don Beltrán quiere obtener el perdón de la joven, que ya no se oponía al proyecto de matrimonio. Marcela no puede perdonar pero antes de que pueda huir, Nelet la mata y se suicida.

Como no ha dejado de observar la crítica, la pareja trágica está integrada en una red intertextual bien nutrida.[10] Pero ahora nos interesa más integrar el destino de Nelet en la particular manera que tiene Galdós de narrar la violencia en el marco de este *Episodio Nacional*. En cuanto a la macrohistoria, no se puede decir que se haya producido un cambio entre el inicio de la novela y su final: el ejército del norte no domina el terreno lo suficiente para poder desarticular las tropas carlistas y éstas carecen de fuerza para ocupar cualquier ciudad importante. Nelet llega a la conclusión que ya habían enunciado

---

[8] Teniendo en cuenta este aspecto de la intertextualidad galdosiana, nos parece difícil, como hace Diane Urey, condenar absolutamente el que don Beltrán intente realizar esta unión: «He forces the near union of Marcela and Nelet, knowing that it is ill-starred and immoral, for his own selfish gain» (*op. cit.*: 35). Brian Dendle adopta una actitud positiva, ya que esta «fruitful union» está destinada a redimir a Marcela y Nelet de su individualismo estéril y antisocial (Brian Dendle, *Galdós. The Mature Thought*, Lexington: The University Press of Kentucky, 1980, p. 57).

[9] Su exhortación a dirigir la agresividad a fines socialmente útiles y a sublimar los impulsos destructores corresponde a una sensibilidad presente en toda la era victoriana y analizada en el capítulo «Uncertain Mastery» de la ya citada obra de Peter Gay.

[10] Los antecedentes más claros resultan ser los protagonistas de *Don Álvaro o la fuerza del sino* del Duque de Rivas (véase Rodríguez, *op. cit.*, p. 115 y Antonio Regalado, *Benito Pérez Galdós y la novela histórica española: 1868-1912*, Madrid: Ínsula, 1966: 288). Cardona relaciona además a Nelet con el don Juan de Zorrilla e identifica el entierro de la pareja con el de *Los amantes de Teruel* de Hartzenbusch (*op. cit.*: 135).

Actas XIV Congreso AIH (Vol. III). Lieve BEHIELS. Narrar la violencia: «La campaña del mae...
Centro Virtual Cervantes

al principio de la novela Joreas, como portavoz de los carlistas, y el joven oficial Estercuel, como portavoz de los cristinos: esta carnicería no tiene sentido, más vale dedicarse a la vida privada.

Según el procedimiento clásico de los *Episodios Nacionales*, la interrelación entre acontecimientos públicos y vida privada se manifiesta a través de la trayectoria de los personajes. Si seguimos esta lógica estructurante, la ausencia de base sana para fundamentar la sociedad española tiene que repercutir en la suerte de Nelet, que en teoría tiene varias opciones. Como otros personajes de los *Episodios*, en algún momento se propone retirarse del compromiso con la historia. Esta opción que fue la de Salvador Monsalud, protagonista de la segunda serie de los *Episodios* y más tarde será la de Fernando Calpena, también se le ocurre a Nelet. Después de haber visto a don Carlos cruzar el Ebro, espectáculo que le ha dejado indiferente, concluye: «No me interesa más que un reino, el mío. Cada cual se arregle en su reino como puede» (867). Pero esta opción esperanzadora fracasa. La otra opción, seguir la corriente histórica en la que va inmerso, le lleva a la muerte.

Nelet no puede considerar la relación amorosa de un modo que no sea agresivo, lo que queda explicado por la narración de su biografía. Creció sin que se le impusiera norma alguna y en la adolescencia llevó una vida sexual desenfrenada. Su carrera de don Juan de pueblo quedó interrumpida cuando fue descalabrado y dejado por muerto por un marido engañado. Cuando se recupera, quiere cambiar de vida y su confesor le manda a la facción para enderezarlo, de modo que la libido que antes se invertía en lo erótico ahora encuentra una salida en la agresividad tolerada y alentada por motivos político-ideológicos. Aquí nos permitimos un salto a la actualidad de la guerra étnica. Michael Ignatieff subraya que en las sociedades tradicionales, el honor se asocia con la compostura y la virilidad con la disciplina y observa que en las guerras de los años noventa se nos presenta otro aspecto de la identidad masculina: la sexualidad salvaje del adolescente para el que el arma tiene una dimensión fálica explícita[11]. La primera presentación de Nelet corresponde con esta imagen: un «mocetón», «descompuesto y groserote», que se encara con Marcela y amenaza con fusilarla (803).

Los individuos pagan un precio psíquico por pertenecer al grupo ya que tienen que sacrificar su individualidad.[12] Es lo que observamos en Nelet. Aunque la agresividad, impulsada por la presión del grupo, queda sancionada por la jerarquía paramilitar, provoca un enorme sentimiento de culpa que se traduce en síntomas físicos: después de haber ejecutado a cuatro rehenes que había llegado a conocer personalmente, sufre como un ataque de epilepsia: «al poco rato caí con tremenda pataleta y convulsiones, blasfemando y clavándome las uñas en el rostro» (821). Además, sufre de horribles pesadillas.

---

[11] Ignatieff, *op. cit.*: 127.

[12] Dice Freud: «Wir würden sagen, der psychische Oberbau, der sich bei den Einzelnen so verschiedenartig entwickelt hat, wird abgetragen, entkräftet und das bei allen gleichartige unbewußte Fundament wird bloßgelegt (wirksam gemacht)». Sigmund Freud, *Massenpsychologie und Ich-analyse, Gesammelte Werke chronologisch geordnet. Dreizehnter Band.* London: Imago Publishing co. ltd., 1947, p. 78.

Actas XIV Congreso AIH (Vol. III). Lieve BEHIELS. Narrar la violencia: «La campaña del mae...
Centro Virtual Cervantes

El joven poco culto traduce los violentos conflictos psíquicos que lo habitan en el único lenguaje que tiene a su disposición: el de la mitología popular de origen cristiano, en la que la culpabilidad se exterioriza a través de la imagen del demonio. La vuelta a la Edad Media, que en lo político significa la eliminación de las instituciones del estado moderno, equivale en lo psicológico a la supresión de la razón como motivo determinante de los actos. En su mentalidad prerracional, Nelet toma muy en serio lo que los sueños[13] le dicen, y cree que el amor por la ‹santa› Marcela, de la que piensa que nunca le querrá, le fue transmitido en un sueño como castigo por todas sus fechorías donjuanescas.[14] El remordimiento es el precio psíquico que está pagando Nelet y constituye un baluarte defensivo que no podrá abandonar por más que lo intente. Marcela piensa según las mismas categorías medievales ya que rechaza a Nelet por ser «ministro de Satanás» (804). En sus réplicas, don Beltrán, que hace de padre del joven y que no renuncia a la razón al escucharlo, intenta reducir la carga mitológica a su contenido racional: el sueño de Nelet fue «un ejemplo precioso de justicia y de expiación» (820). Don Beltrán es en cierto modo el representante del principio de realidad ya que intenta enseñar a Nelet cómo suspender el principio del placer, cortejando a Marcela por lo fino.

Marcela es el primer objeto amoroso a la que Nelet se refiere por su nombre, las anteriores conquistas eran anónimas e intercambiables. Pero el impulso es tan agresivo como erótico.[15] Dice Nelet en el tercer encuentro que tiene con Marcela, el primero al que asiste don Beltrán y a través de él, el lector:

> Si no me das la satisfacción de tenerte a mi lado, me consolaré con el goce de fusilarte... Es un gusto, créelo, un gusto fusilar a quien se ama; así sabe uno que no ha de ser para otro ... y ver ese lindo cuerpo retorciéndose..., y luego cogerlo uno y meterlo en el hoyo y agasajarlo con tierra... (804)

Nelet mismo comenta su obsesión por matar al objeto amado en la que la libido es sustituida por la pulsión de muerte:

> Parecíame que sacrificándola me libraba de mi suplicio, y que después podía seguir queriéndola hasta que me muriese o me matasen... Darle muerte no me parecía crueldad, sino una forma de amar, a mi manera, estilo de gran pecador y visionario de cosas grandes...(822)

---

[13] Los sueños de Nelet darían para un análisis detallado. Los desplazamientos que experimenta en sueños anuncian los viajes fantásticos de personajes posteriores, como el caballero Társis en *La razón de la sinrazón* (1909) y, como observa Diane Urey (*op. cit.*, p. 40), Tito en la quinta serie.

[14] Este sueño cumple en cierto sentido el deseo del sentimiento de culpa que reacciona contra el deseo rechazado. Véase Sigmund Freud, *Jenseits des Lunstprinzips*, *Gesammelte Werke chronologisch geordnet*, London: Imago Publishing Co. Ltd, 1940, tomo XIII, p. 32.

[15] Según Freud, si el sadismo originario no sufre moderación o fusión, se origina la conocida ambivalencia de amor y odio en la vida amorosa (*op. cit.*: p. 58).

Actas XIV Congreso AIH (Vol. III). Lieve BEHIELS. Narrar la violencia: «La campaña del mae...
Centro Virtual Cervantes

Cuando está al punto de liberar a Marcela del convento donde ha sido encerrada por orden de Cabrera, llega momentáneamente a poner en duda el carácter fatal de su culpabilidad y quiere «dar al traste con la leyenda de [su] castigo» (823). Sigue teniendo sueños premonitorios: su demonio le dice que Marcela está dejando de consagrarse a Dios para consagrarse a él (833). Los sueños incluso se contagian a don Beltrán. Cuando los dos personajes vuelven a encontrarse después de unos días, Nelet ha consultado a un saludador de su pueblo que le ha dado un bebedizo para ahuyentar los demonios. Pero como observa don Beltrán, la cura sólo es parcial, por no decir que el remedio es peor que el mal. En el momento en que topa con sus hombres al grupo de soldados cristinos en el que se encuentra el hermano de Marcela, la necesidad de agredir vuelve a tomar posesión de él: «No sé por qué me dio el arrechucho de atravesarle con mi espada... le tomé por una mosca, o por el padre de todas las moscas» (857). No quiere aceptar los atenuantes (accidente de una batalla, ineludible ley de represalias) que le presenta don Beltrán. Su conciencia se ha vuelto «muy rígida, muy exigente y muy escrupulosa» (858).

La muerte de Francisco Luco que en el nivel de los acontecimientos parece un trágico accidente, obedece a una necesidad estructural. Marcela es el objeto que no se puede conseguir ya que se trata de una religiosa y no se debe conseguir porque significa la exteriorización de la culpabilidad. Sólo puede cumplir este papel en cuanto siga siendo inalcanzable. Desde el momento en que parece ceder, debe erigirse otra barrera, la muerte de su hermano, calificada por el propio Nelet de «parricidio» (858). El último sueño, relativo a la fecundidad, que cuenta a don Beltrán es particularmente significativo a este respecto: Nelet se ve esqueleto, montado en un esqueleto de caballo,[16] atravesando un campo donde a sus pasos no crecen las flores, sino los niños. Su caballo «recorre como el viento leguas y leguas, y siempre lo mismo, machacando criaturas, que vuelven a salir vivitas, alegres» (863). Se le antoja que los niños brotan a golpe de los pasos de Marcela que anda a lo lejos. En las noches siguientes, sueña que los niños ya no ríen sino lloran, y que Marcela los coge a puñados y se los mete en el seno (868). El deseo de procreación de Nelet no puede sino fracasar debido a su furia autodestructora. La pulsión de vida fracasa ante la pulsión de muerte, no sólo en el nivel de la vida pulsional de Nelet, sino también en el de la convivencia de los españoles. Cuando, al considerar la situación política en la novela, comprobamos que las posturas ocupadas al principio de la novela ya no cambian, el mismo sentimiento nos invade al contemplar el microcosmos de los personajes: Nelet mata a Marcela como lo había anunciado en uno de sus primeros encuentros. Aquí tampoco hay progreso.

Los jóvenes, que tenían que continuar la vida, ya no están y sólo quedan los viejos, don Beltrán y los dos sepultureros compañeros de Marcela, para sepultarlos. Su sepultura quedará como signo en el tiempo, para que no sean olvidados, lo que se puede leer también como metáfora de la empresa literaria que es esta novela y que son los *Episodios Nacionales*. Dice Paul Ricoeur en *Le temps raconté*, en un fragmento que bien

---

[16] Aquí se presenta otro posible intertexto: el cuento «El monte de las ánimas» de Gustavo Adolfo Bécquer.

Actas XIV Congreso AIH (Vol. III). Lieve BEHIELS. Narrar la violencia: «La campaña del mae...
Centro Virtual Cervantes

puede servir de conclusión a este trabajo:

> La ficción da ojos al narrador horrorizado. Ojos para ver y para llorar. (...) O se hace el recuento de los cadáveres o la leyenda de las víctimas. (...) Al fusionarse así con la historia, la ficción la devuelve al origen común a ambos, la *epopeya*. Más exactamente, lo que la epopeya había hecho en la dimensión de lo admirable, la leyenda de las víctimas lo hace en la de lo horrible. Esta epopeya de alguna manera negativa preserva la memoria del sufrimiento en la escala de los pueblos, al igual que la epopeya y la historia en sus inicios habían transformado la gloria efímera de los héroes en fama duradera. En ambos casos, la ficción se pone al servicio de lo inolvidable. Permite a la historiografía igualarse a la memoria. Pues una historiografía puede carecer de memoria cuando solo la anima la curiosidad. [17]

[17] Paul Ricoeur, *Temps et récit 3. Le temps raconté*, Paris: Seuil, 1995, p. 343. La traducción es nuestra.

Actas XIV Congreso AIH (Vol. III). Lieve BEHIELS. Narrar la violencia: «La campaña del mae...
Centro Virtual Cervantes